

Carla de La Lá

FEMINISMO IRREVERENTE

Un manifiesto liberal contra
el victimismo y el dogma

Prólogo de Begoña Villacís
Epílogo de Paula Fraga

ÍNDICE

Prólogo	13
Introducción	19
I. LAS HIJAS DEL CAOS	27
El patriarcado como <i>software</i>	27
La república de la Virgen	31
La maternidad como deuda social	35
La mujer privilegiada	42
El machismo ni se crea ni se destruye, se transforma ..	46
Feminismo para adultas	51
El feminismo que me enseñó mi madre	56
II. EL MUNDO SIN NOSOTRAS	61
La verdad según los hombres	61
¿Dios es feminista?	67
A nuestra salud	71
Ignorado test de Bechdel	76
Cosas de chicas	80
La presidenta que no llega	83
III. EL CUERPO COMO CAMPO DE BATALLA	87
¿Qué es una mujer?	87
Feminismo sexual	92
El capital erótico	98
La delgadez, esa religión secreta	103

La brecha hormonal	111
Todo para las mujeres, pero sin las mujeres	115
Puteros, pornografía y pornovenganza	119
IV. FEMINISMO CON O SIN GATO	125
La pareja heterosexual	125
Lesbiana por activismo	129
Amigas	134
Cómo ser feminista sin odiar a tu madre ni a tu ex ...	138
¿Quién teme a las puritanas?	143
Educar hijas sin paranoia	147
V. LA MUJER INCÓMODA	153
Hipergamia y otros instintos vergonzosos	153
Feminismo y espiritualidad: ¿es posible?	157
El aborto no es una galletita	163
El feminismo científico	167
Sororidad acrítica y denuncias falsas	171
¿Nos maltratan por ser mujeres?	176
VI. EL FEMINISMO QUE MATA AL FEMINISMO ..	181
El feminismo desde la herida narcisista	181
La emoción fanática	184
La orgía de la cancelación	187
El espejismo de la victimización	191
La industria del feminismo	196
La libertad no se cubre	201
Lo que aprendí de las mujeres que me caían mal	206
VII. LENGUAJE, HUMOR Y DESOBEDIENCIA	211
La lengua es política	211
Sin humor no hay feminismo	216
Esa bonita superstición llamada monogamia	219
Las mujeres facturan	223

¿La libertad era esto?	227
Esto no salía en <i>Sexo en Nueva York</i>	230
VIII. FEMINISMO PARA HOMBRES	235
El feminismo les hará libres (si se dejan)	235
La rabia: misoginia y misandria	241
¿Quién se excita con una CEO?	248
El machismo no tiene sexo	253
Quiero el último hetero	257
IX. EL DÍA DESPUÉS DEL FEMINISMO	263
Epílogo	269
Agradecimientos	273
Bibliografía seleccionada	275

PRÓLOGO

¿Feminismo liberal? Me he visto envuelta en demasiados conciliábulos, ponencias, manifestaciones, aquelarres y actos como para no darme cuenta del automatismo. La bien entrenada feminista hegemónica te lanzará una mirada entre despectiva y condescendiente, la de una profe a la que, en el fondo, le gusta confirmar que todavía no te has aprendido la lección. Nada escapa a su radar moral: tus tacones, el largo y color de tus uñas, la conformidad del lenguaje limpio de impurezas machistas. En cualquier momento desenfunda la regla para medir el largo de la falda de esta pobre víctima del patriarcado.

Y como una ya ha pasado por ahí, ya permití —no me quedaba otra— que otros decidieran cuál era el largo de la falda de mi uniforme, esperé al ascensor de casa de mis padres para pintarme y gustarme, dosifiqué cuándo tocaba mano, beso o repaso como la prudencia mandaba, no se vayan a pensar que una es tan suelta como Adelita, el pendón de la clase —el nombre es ficticio, la categoría no—. Solo he encontrado dignidad, y hasta placer, en el consuelo de, ahora sí, desobedecer; a las directrices de antes, y a los mandamientos de ahora. He convertido el hacer lo que me dé la gana en mi íntima protesta. La más entaconada en un debate entre feministas ortodoxas, la más feminista en ponencias entre conservadores. Aquella a la que todo colectivista, de izquierdas o de derechas, suspende, porque la vida y mi paso por la política me han enseñado que detrás de cada

colectivización hay una jerarquía colectivizadora y, como bien dice Carla de La Lá, toda jerarquía debe despertar sospecha, especialmente si es coaccionadora e intimidante.

Así que a la pregunta, pertinente, que se hace Carla, «¿existe el feminismo liberal?», solo cabe una respuesta: ¿es que acaso puede reivindicarse el feminismo desde otra mirada que desde la de la reivindicación de la autonomía individual, despojada de tutelas y paternalismos? En mi opinión no hay mejor manera de soltar lastre que rechazar el canon, lo que te convierte en recelosa y escéptica. Y en muy libre. La salud de nuestro espíritu crítico exige mantener el recelo en forma, porque cuanto más tiempo perdamos en definir el estado del arte del feminismo, menos dedicaremos a denunciar la vigencia del machismo, incluso, paradójicamente, más contribuiremos a excitarlo.

Porque no, el machismo no muere, muta, y precisamente por eso sigue siendo eficaz.

Uno de los mayores aciertos de *Feminismo irreverente* es que no se conforma con denunciar el machismo como un residuo del pasado. Aquí no hay caricaturas del macho cavernícola, hay análisis del patriarcado como estructura cultural, simbólica y económica que atraviesa cuerpos, deseos, expectativas y decisiones cotidianas. El machismo que describe Carla no siempre grita ni golpea; muchas veces sonríe, protege, logia y concede. Y ahí reside su poder.

Este libro explica con crudeza que la desigualdad no se limita a la violencia explícita, sino que se incrusta en la maternidad como deuda social, en la brecha económica, en el reparto del tiempo, en la culpa heredada, en el canon estético, en la crianza, en el lenguaje, en la sexualidad y en la educación del deseo. Carla lo formula con una claridad incómoda: «El patriarcado no es una decisión, es una inercia». Y combatir inercias es siempre más difícil que señalar culpables.

Hay aquí una denuncia feroz del precio que seguimos pagando por nacer mujeres. Un precio que no se liquida en titulares ni en pancartas, sino en carreras truncadas, cuerpos vigilados, jornadas dobles, renunciadas silenciosas y una maternidad que sigue siendo el gran agujero negro de la emancipación femenina. Carla no edulcora nada:

la maternidad aparece como lo que es —una experiencia luminosa y devastadora— y, sobre todo, como el núcleo material de la desigualdad histórica entre hombres y mujeres. Y la madre de Carla y la mía observan con una mezcla de orgullo y compasión a esta generación de mujeres sándwich, que han visto cómo las figuras de autoridad han pasado de sus padres a sus hijos sin pasar por ellas, víctimas de la educación moderna, tan altísimamente exigente con ellas. No estamos lejos del día en el que acompañando las notas de nuestros hijos encontremos las nuestras: ¿ha hecho los deberes con su hijo?, ¿ha hecho el cohete tamaño natural junto con su hijo de tres años?, ¿ha asistido en su horario laboral a todos los talleres, exhibiciones y actividades?, ¿cuántas veces se ha olvidado la mochila de judo?, ¿qué tal sus disfraces? —bien, he dormido cuatro horas, gracias por preguntar—.

Una no termina de ser independiente cuando todo depende de ella.

Este feminismo no niega la biología, pero tampoco se arrodilla ante ella. No confunde diferencia con subordinación, ni igualdad con libertad. Y, sobre todo, no compra el relato cómodo de que ya hemos llegado. Porque no hemos llegado.

El machismo, como bien se explica en estas páginas, no se crea ni se destruye: se transforma. Sobrevive incluso en mujeres que creen haberlo superado, en hombre reliquia de bárbaros o una patología de individuos violentos. Carla de La Lá va mucho más lejos —y mucho más hondo—: demuestra que el machismo es un sistema sofisticado, adaptativo, casi elegante en su persistencia. Un *software* invisible que se ejecuta incluso en sociedades que se creen emancipadas.

Y es desde esa posición, desde esa denuncia radical del machismo histórico y estructural, desde donde el libro se permite hacer algo aún más arriesgado: mirar hacia dentro del propio feminismo y señalar su tentación autoritaria.

Porque toda emancipación deja un vacío. Y todo vacío de poder atrae a quien quiere ocuparlo.

El feminismo nació para liberar a las mujeres de la tutela del hombre. Pero, como advierte Carla —y como comparto plenamente—, una parte del feminismo contemporáneo ha decidido ocupar ese mis-

mo lugar de tutela. El péndulo ha oscilado y algunas feministas han asumido el rol de las nuevas paterfamilias: deciden qué es ser mujer, cómo debemos hablar, qué debemos desear, qué posiciones políticas son legítimas y cuáles merecen la expulsión.

La hereje, la disidente, la liberal, la que duda, la que no repite consignas, se convierte, nos convierte, en sospechosas. Somos las nuevas brujas, las que ante su tribunal debemos probar que no somos machistas, la vieja prueba diabólica. Y esto, como bien sabemos, solo puede acabar de una manera y es con la expulsión de la bruja. No es una metáfora: ocurre. Yo misma fui expulsada de manifestaciones del 8 de marzo por una masa informe de pelos violines gritones. Mi pecado: defender un feminismo basado en la libertad individual. No por negar la desigualdad, sino por no aceptar la tutela ideológica.

Carla lo formula sin rodeos: «El feminismo puede convertirse en una nueva iglesia». Con sus dogmas, sus pecadoras, sus vírgenes y sus hogueras simbólicas. Y cuando eso sucede, el feminismo deja de ser una herramienta de emancipación y pasa a ser un aparato de control.

La exageración retórica, el maximalismo, la tabla rasa —«todos los hombres son violadores», «todo es violencia», «todo es opresión»— no fortalecen la causa: la debilitan. Caricaturizan demandas legítimas, diluyen la gravedad de los delitos reales y generan agotamiento social. El famoso «déjame en paz», «deja de darme la turra», empieza a escucharse incluso entre mujeres que siempre se reconocieron feministas. El riesgo de retroceso es real, ignorarlo sería irresponsable.

Ese cansancio es peligroso. Porque cuando una ideología se vuelve asfixiante, provoca reacción. Y la reacción rara vez es ilustrada. El *wokismo* convertido en catecismo puede acabar rehabilitando el machismo como provocación moderna, como gesto rebelde. Ya lo hemos visto: el exceso moral fabrica monstruos simétricos. El *wokismo* es, en muchos sentidos, el padre del trumpismo.

Pero si el feminismo irreverente que propone Carla sortea esta trampa en fondo, no lo es menos en la forma, porque escribe desde un lugar poco frecuentado en estos lares: fuera del calor del feminismo hegemónico y sus convencionalismos lingüísticos. No sucumbe al

tonito catequético ni a la sintaxis vigilante que simula compromiso. No hay consignas, ni moralina, no hay unanimidad a la que interpelar. Carla se hace preguntas y resquebraja seguridades porque huye de toda solemnidad impostada o victimismo performativo. Y todo ello con humor e inteligencia —¿no son lo mismo?—. Me ha venido a la cabeza mi amiga y sus nuevas manos, ya sin uñas pintadas, muy convencida del pragmatismo de una decisión sobre la que no piensa sermonearte, mucho menos reñirte, porque ni ella ni el libro son quejicas ni cansinos ni llorones. Porque ella no te frunce el ceño, te arquea la ceja.

Carla no te promete redención ni pertenencia, te ofrece algo mejor: lucidez con sentido del humor. Por eso, cuando cierras el libro no sales reprogramada ni enfadada, sino con la sospecha de que en el fondo ya sabías todo esto. Y asientes. Y porque sustituir la histeria y la estupidez por la ironía provoca el efecto deseado, favorece la revelación y esquiva el rechazo y el hartazgo.

Dicho de otra manera, es raro que un libro sobre feminismo fíe tanto a la inteligencia del lector.

No niega el machismo ni lo minimiza, pero tampoco acepta que la solución sea cambiar una tutela por otra. Este libro defiende la emancipación sin comisarios. La igualdad sin infantilización. La libertad sin catecismo.

Te libra del patriarcado y de su caricatura. Del machismo rancio y del feminismo dogmático. Te devuelve algo mucho más incómodo y mucho más valioso: la responsabilidad de pensar.

Por eso molesta. Por eso escuece.

Y por eso importa.

BEGOÑA VILLACÍS

INTRODUCCIÓN

La historia de la libertad tiene un ángulo ciego del tamaño de medio mundo. Nació con un himno épico —igualdad, derechos, dignidad—, pero al abrir el telón descubrimos que la protagonista no estaba invitada. La modernidad celebraba al individuo mientras dejaba a la mitad de la humanidad en el *backstage* sujetando los focos, preparando la escena, cosiendo el telón. Occidente gritó «nadie es dueño de nadie» y, acto seguido, entregó las llaves de nuestra vida a los tíos. Un contrato social que prometía universalidad, redactado entre caballeros en mesas donde ninguna mujer se sentó jamás. Nosotras no lo firmamos: figurábamos mencionadas en la letra pequeña, como madres o musas.

De esa paradoja nació el feminismo. No como negación del liberalismo, sino como su corrección más brillante. El feminismo moderno heredó de la Ilustración su máxima potencia —la libertad individual— y le reprochó su mayor hipocresía. Desde Mary Wollstonecraft hasta John Stuart Mill, las primeras feministas se sirvieron de los propios principios liberales para exigir coherencia. Sí, todos los seres humanos nacen libres, y ¿qué hay de las mujeres?

El feminismo no puede renegar de ese padre. Nació de su misma entraña: la razón, el derecho, la sospecha ante la jerarquía. Si el liberalismo fue la infancia de la libertad, el feminismo es su mayoría de edad. No llegó para destruir la razón liberal, sino para cumplirla.

Dos siglos después, sin embargo, el péndulo ha girado como era de esperar. Parte del feminismo contemporáneo ha sustituido la autonomía por tutela y la responsabilidad por victimismo. Se nos promete protección donde antes reclamábamos independencia, consuelo donde exigíamos justicia, moral colectiva donde había pensamiento. En nombre de la sororidad se ha impuesto una ortodoxia emocional, y en nombre del empoderamiento se nos vuelve a decir cómo hablar, cómo desear y hasta cómo sentirnos correctamente oprimidas.

Este libro nace contra esa deriva, contra la infantilización que nos reduce; contra la religión que nos deforma. La propuesta es recuperar el espíritu de la libertad como principio rector, como expresión de dignidad, y el humor, como forma superior de lucidez.

Ser feminista y liberal es una necesidad. Lo contrario, propaganda. El Estado, que facilite la vida, no que la administre, que intervenga solo para corregir desigualdades estructurales —como la maternidad o el cuidado— y que sepa retirarse a tiempo. El feminismo liberal no sueña con un Estado ausente, sino con el que no decida por nosotras. En un mundo saturado de normativas polarizantes, recupera el criterio, la duda, la complejidad.

Hace falta más inteligencia, ironía y rigor; pero también ternura, porque sin ternura toda libertad se vuelve técnica. ¡Y también, alegría! Porque sin ella no vale la pena luchar por nada.

Y sí, las feministas desgraciadas existen. No porque el feminismo sea infeliz, sino porque lo hemos confundido con un trabajo de inspección, no de emancipación. Nos hemos vuelto supervisoras de la injusticia, censoras del deseo, auditoras del lenguaje. Y eso agota. Cuando conviertes la lucha en una identidad, pierdes la magia y la credibilidad.

Por eso se odia el feminismo y por eso está carbonizado; predomina una perspectiva marxista totalmente desfasada donde gran parte del electorado se desplaza en dirección al espectro político contrario como una forma de rechazo a las políticas denominadas «feministas».

El feminismo hegemónico afirma «que no nacemos con ninguna predisposición biológica, que todo se reduce a la influencia de la cul-

tura», pero ese «reduccionismo sociológico» es tan problemático como su opuesto, y ambos dificultan el avance del conocimiento y de los cambios que mejorarían a la sociedad en su conjunto.

No somos iguales, aunque queramos. La diferencia entre ambos sexos es inevitable justamente porque es biológica: menstruación, anemia, dismenorrea, embarazo, parto, puerperio, lactancia, crianza, todas las circunstancias relacionadas con el fenómeno luminoso y terrible de la maternidad, han servido de estructura a la organización social injusta y pegajosa que habitamos desde hace 5.000 años, el gran credo invisible, donde ellos mandan y nosotras servimos: el heteropatriarcado.

¿Podemos rebelarnos ante nuestra vulnerabilidad natural? Podemos y debemos. La ganancia antropológica y el desarrollo hacia sociedades donde la fuerza física cede terreno ante la capacidad intelectual han tenido como consecuencia el levantamiento merecido de las mujeres; en las democracias occidentales, ya somos iguales ante la ley. Esa batalla, básica, se ha ganado con el esfuerzo de muchas y muchos años: los derechos están escritos y reconocidos.

Ah... Pero la igualdad, ¡ay!, es un horizonte de mínimos donde igualarnos no ha traído consigo que seamos libres; es más, en muchos aspectos, la mujer moderna media, convertida en un dispositivo todoterreno, gratuito y multiusos, está más condicionada y oprimida que cuando su radio de existencia consistía en la comunidad de la familia y los cuidados. Mi madre se burla de mí; orgullosa de su hija, me compadece.

En efecto, la mujer de hoy, una mujer como yo, forzada a conciliar la maternidad, la independencia económica y la realización profesional, se enfrenta al mundo atenazada por la carencia de tiempo libre y un estrés que, a falta de soluciones efectivas, acabará (con la convivencia y la especie) pasándonos factura a todos.

La igualdad es eufónica, pero imposible en la práctica —ni siquiera dos hermanas gemelas son idénticas— e, inevitablemente, tiende a igualar por abajo: se conforma con que llegemos al mismo sitio que los hombres, aunque ese sitio no sea necesariamente deseable, aunque no sea nuestro, porque no puede serlo.

El feminismo que se conforma con la igualdad es arcaico y se mueve sin brújula. Ha conseguido derechos, sí, gracias, menos mal, pero no nos ha dado alas. Ser libres tiene una condición exigente y fértil: implica competencias, obligaciones y compromiso. Ser libres no nos hace pueriles ni nos convierte en pupilas de un marido, un Estado o un dogma. La libertad nos obliga a informarnos y a generar pensamiento y criterio para decidir; nos hace adultas funcionales, asumir riesgos, sostenerlos, equivocarnos y volver a empezar.

Solo aceptando que somos distintos, que existe un *gap* de base al que no podemos dar la espalda, podremos convertir las diferencias naturales en un terreno de elección, de trabajo y amor, jamás, ¡nunca! de subordinación. Por eso, mientras la igualdad ya figura en nuestras leyes, la libertad femenina —la verdadera, la que comprenda quiénes somos y nos ayude a soltar o compensar lastres— sigue siendo un reto pendiente. Este libro nace de esa convicción.

Feminismo liberal no es un oxímoron: es un espacio refrescante. Soy liberal y feminista porque crecí con la sospecha (luego certeza) de que la libertad real no se decreta ni la reparten tecnócratas. Nadie va a abrir la jaula que no abras en tu cabeza: aprender a forzar cerraduras culturales es una habilidad necesaria para todos, pero para nosotras imprescindible.

Los hombres arrastran sus propias cadenas; anudarse la corbata de la hombría tradicional debe ser asfixiante, no lo dudo. Con todo, ni de lejos pagan el peaje que pagamos nosotras en las autopistas del sistema. El cuerpo masculino nunca ha sido territorio custodiado, campo de batalla fisiológico, objeto indirecto de órdenes contradictorias y expectativas esquizofrénicas.

Las mujeres arrastramos el impuesto invisible de la crianza, la culpa, la belleza del canon, el silencio de la Virgen (representada con dos lágrimas de cristal en las mejillas mientras sonrío) y la disponibilidad.

Lo llamamos libre elección. «Uso hiyab porque quiero», «abandono mi carrera, títulos y proyección profesional y económica, tras años de sano esfuerzo, porque así lo decido», «me depilo (para mí)...».

Ya. El problema no es la falta de derechos, ni la desigualdad, sino el adoctrinamiento del deseo y el gusto, la programación y el *software*, grilletes blandos, pero infalibles. Repitamos su nombre aborrecido: el patriarcado.

No deseo rivalizar con nadie, ni que se inviertan los bandos del privilegio; en cuanto al victimódromo del feminismo reinante, nacer mujer no me parece un mérito especial. Me niego a caer en la trampa de la identidad como trinchera, paranoia o delirio narcisístico. Defiendo a las personas libres, no los clubes de agravios bonificados.

Esto no es un manual de instrucciones para una feminidad civilizada, ni un libro de sabrosas recetas para ser buena novicia del empoderamiento. Lo que sí encontrarás aquí es un generoso ramillete de análisis, como flores, para salvar decorosamente la siguiente contradicción: ser felices aceptando que la felicidad no existe.

Aspira, este ensayo, si acaso, a ser un espejo algo turbio; el feminismo no es una ciencia exacta (aunque sí una ciencia social de primer orden) donde observar reflejada la trampa de la emancipación ficticia y desearla. Y luchar por ella a sabiendas de que la batalla está perdida. Porque el principal enemigo está más cerca de lo que creemos: eres tú, yo, somos nosotras y nuestra voz prestada (nos sentimos libres porque ignoramos las causas de nuestras decisiones).

El feminismo mientras tanto, entre bálsamo, placebo, paliativo, escudo, desahogo, neurosis y entretenimiento, se hace necesario para comprender mejor en qué parte de la cara tenemos la nariz y con qué nos la vamos golpeando, que sin él, a oscuras, no tendríamos ni la más remota idea.

Supongo que la vida antes era más dura para las mujeres y el mundo un pasaje del terror (también para ellos), por no hablar de que no existía epidural, ni naproxeno, yo me hubiera rebanado la carótida. Cuando no podíamos ser propietarias, ni tener orgasmos... Sin embargo, la conciencia colectiva en la que vivimos está torcida, desvirtuada, corroída. Valores que alguna vez fueron columnas —la cortesía, la paciencia, la compasión, la entereza— se han desleído en peroratas

frívolas, memes faltones y un mercado ideológico de saldos donde la sensibilidad del tonto se ha convertido en criterio supremo. Hemos sustituido la grandeza de la libertad por la banalidad de la pose y a eso lo llamamos progreso.

Insisto, no escribo para aumentar el ruido, ni para competir en la verbena de las etiquetas. Escribo, desde la incomodidad de la persona que no se reconoce en el pensamiento dicotómico, porque huele a podrido.

La historia, la ciencia, la medicina, la filosofía, la política... Todo el conocimiento ha sido escrito y dictado por varones. Letrados, sacerdotes, científicos, legisladores, académicos, médicos, maestros, padres, hijos. Ellos. No nosotras. Lo que no le pasó a un tipo no existió. Y ese canon, esa mirada parcial, se ha hecho pasar por certeza universal.

El feminismo libertario no se conforma con desfilarse por la calle, ni gritar en inclusivo, ni con colgar banderas moradas en el balcón. La libertad es la que se atreve a revisar las palabras «justicia», «conocimiento», «maternidad», «religión», «familia», «Arte», «resistencia», «dinero», «independencia», «intelecto»... Y reorganizar un *establishment* que nos ahoga.

La libertad es la que también les falta a las privilegiadas que se consideran libres, convencidas de que el machismo ha quedado aislado en la pesadilla de unos violentos y sus víctimas compasibles... Escribo también para ellas, para que se molesten, porque escuece, como cualquier antiséptico.

Lo tenéis ahí, detrás de vosotras, no os volváis ahora, está mirando. Y no grita: condiciona. No prohíbe: desliza, porque es líquido, gaseoso, ni se crea ni se destruye, se transforma, infiltrado en cada molécula de vuestra ingenua cotidianidad; en el armario, en la televisión, en el coche, en una fiesta, en el colegio y la oficina. En el apellido de vuestros hijos. En el mantel invisible de las comidas familiares. En el marido que «ayuda» y la panceta que te sacas de la boca, en los pelos que te arrancas y en el neceser. En la señora que sirve el filete al hijo. En el caballero que paga la cena. En los dos besos, la manicura, la reducción de jornada y la puta conciliación.

Ese machismo fluido es más difícil de combatir que el puño. Contra la fuerza tenemos la denuncia. Contra la indolencia del contemporáneo necesitamos lectura, pensamiento, comprensión y humildad.

Y toneladas de humor, ¡repito!, para sospechar, al tiempo, de nosotras mismas, quien no sospecha de sí mismo y solo lo hace de los demás no es humilde, ni inteligente, ni ha leído, ni comprende.

Y aquí es donde se siente bien representada mi disidencia. Lo que me aleja del feminismo victimista y del performativo (aunque es más lo que me une) es el humor. Mi rechazo al fanatismo.

Si el feminismo quiere seguir siendo útil tiene que poder reírse de sí mismo, cuestionarse y escuchar, para volver todas juntas a ocuparnos (como perras) del hueso duro atragantado en la garganta de nuestra emancipación: la maternidad. Porque el agujero negro de la independencia sigue siendo el mismo del Pleistoceno. No habrá igualdad posible sin un sistema que reparta, de verdad, los costes de criar.

¿Quieres dedicarte a la crianza y dejar tu carrera? Adelante, «elige». ¿Quieres invertir un sueldo en estética para no envejecer? Perfecto, «elige». Pero lo haces dentro de un tablero inclinado, donde cada casilla está diseñada para que pierdas.

Ese es el feminismo que me interesa: el que desvela la trampa de la elección. Y no va contra los hombres. Va contra un planeta caduco en el que todos —ellos y nosotras— seguimos colaborando.

Yo defiendo un feminismo consecuente con las garras, con argumentos, socarronería y compasión. Lo defiendo incluso de sí mismo, de su caricatura actual: doctrinaria, sectaria, hipersensible. No quiero ser una mujer permanentemente agraviada. No quiero despertar cada mañana buscando el patriarcado debajo de la cama. Prefiero verlo, entenderlo, reírme de él y seguir con mi vida. La consciencia no duele, lo que duele es la estupidez.

El feminismo liberal es una fiesta que nos incluye a todos en su convocatoria y no exige unanimidad en el *dress code*, sino matices, sofisticación mental.

Por eso he escrito el libro, con mucho esfuerzo (ojalá un día no necesitemos lecturas como esta): para romper prejuicios cristalizados y ofrecer una silla a las que no se reconocen en el maniqueísmo grosero de santa o de puta. Para que nos sintamos menos solas y menos locas. Y, sobre todo, porque me ha dado la gana.

I

LAS HIJAS DEL CAOS

El patriarcado como *software*

El patriarcado no fue idea de ningún malnacido, por eso funciona tan bien. No hay que imaginar un sanedrín de hombres cavernarios con capirotes, sentados en torno a una hoguera conspirando: «Ellas paren, ellas alimentan, pues de ahora en adelante gobernaremos». No fue así. La cosa es más benigna y más orgánica, por eso mismo resiste. El patriarcado no es una decisión, ni un pacto de sometimiento firmado con la sangre de mujeres puras en el solsticio, sino un sistema operativo invisible que corre debajo de todas nuestras decisiones. Como Windows, pero prácticamente imposible de desinstalar, porque nadie recuerda ni reconoce haberlo descargado.

Al principio, claro, estaba el cuerpo: la mujer que sangra y se duele, que se embaraza y pare, que amamanta y cuida, en un mundo sin anestesia, sin anticonceptivos y sin frigoríficos. El hombre, libre de ese mandato biológico, que es también una vulnerabilidad circunstancial, es capaz de salir a cazar y recolectar y proveer lo que viene de fuera, se mueve, conoce el entorno, se relaciona, aprende, se fortalece más. Primera brecha. No porque los hombres fueran perversos, al contrario, nuestra supervivencia indicaba que el camino era organizarse alrededor de esas diferencias.

Evolucionamos, y el sistema no se limita a una organización espontánea: el entramado cristaliza en reglas, instituciones y costumbres que vertebran lentamente una sociedad asimétrica y sexista. Gerda Lerner, historiadora y referente internacional en estudios feministas, lo expuso con una claridad demoledora en su libro *La creación del patriarcado*: cuando surge la propiedad privada, los hombres buscan garantizar que sus bienes pasen a «sus hijos», y así se legaliza el control de la sexualidad femenina —no solo sobre el cuerpo, sino a través de leyes, normas y símbolos sociales.

El útero empieza a ser vigilado, pero el control real se ejecuta sobre la vida y los derechos de las mujeres, sobre su mente: dejan de ser sujetos autónomos para convertirse en garantes de herencia y respeto familiar. El patriarcado se levanta entonces como arquitectura social y el matrimonio se convierte en dogma, la familia nuclear en normativa, el linaje masculino en destino y las leyes son murallas que separan a las mujeres «respetables» de las putas: un mecanismo que regula y vigila conductas, cuerpos y deseos individuales por medio de reglas asumidas y reforzadas por toda la sociedad.

Lo peor es que no fueron solo ellos, aunque a la vez es refrescante. También nosotras colaboramos en la construcción de la jaula de la que todavía no hemos salido. ¿Cómo no íbamos a hacerlo? La seguridad de pertenecer a un clan, de estar bajo el ala de un hombre fuerte, era sinónimo de supervivencia. Una mujer sola en el Neolítico era carne de depredador, literal. Lo que después fue sometimiento (y ahora es síndrome de Estocolmo), en los primeros tiempos fue refugio. Por eso es ingenuo pensar en «culpas» individuales, satanizar a los hombres, monstruificarlos: las circunstancias nos engulleron a todos como una ballena. ¿Y tú? ¿Has salido, como Geppetto y Pinocho, o sigues dentro pensando que ejerces la libre elección?

El sociólogo francés Pierre Bourdieu, en su libro *El sentido práctico*, desarrolla el concepto de *habitus*: ese arsenal de disposiciones, reglas no escritas y patrones de comportamiento que cada persona interioriza sin apenas darse cuenta. El *habitus* funciona como un «inconsciente colectivo» que orienta nuestros gustos, miedos y gestos, instalándose

antes incluso de que formulemos preguntas sobre el mundo; es el *software* social que la jerarquía tradicional utiliza para hacerse imperceptible y persistente.

Así, ningún adulto tiene que decirle a un niño que «los hombres no lloran»: ese mandato ya se ha instalado en su disco duro por observación y repetición desde el entorno. Tampoco hace falta que le digan a una joven que debe sonreír, depilarse el bigote o cruzar las piernas al sentarse: lo aprende de forma implícita, percibiendo gestos, correcciones y modelos que la rodean. Por eso Bourdieu sostiene que el patriarcado se transmite en piloto automático, sin necesidad de conspiradores o leyes explícitas, sino incorporado a nuestras creencias más profundas.

Lo fascinante es que ese *software* sigue funcionando aunque el *hardware* haya cambiado por completo. Ya no vivimos de cazar bisontes ni parimos quince hijos, pero la lógica de fondo sigue intacta. ¿Por qué? Porque el patriarcado se disfrazó de cultura, de religión, de moral, de «buenas costumbres», de estética, de belleza e incluso afecto. Se nos olvidó su origen y nos quedamos solo con la norma, con la «normalidad».

De ahí que hoy muchas mujeres reproduzcan con entusiasmo ese mismo código: la madre que advierte a su hija de que «si no te sacrificas, no eres buena madre». La jefa que penaliza más a una empleada de baja maternal que a un hombre mediocre (a mí me despidió la dueña de una agencia por quedarme embarazada, después de hacerme un *bullying* atroz, no es coña, casi pierdo el bebé). La suegra que te dice que atiendas al marido, «que para eso es el hombre de la casa». La amiga que se depila porque a sus ojos eso es lo que hace una mujer limpia y educada, porque si no es una choni desaseada, mientras acaricia con deleite la espalda alfombrada de su novio. Todas ellas creen estar siendo coherentes y libres, cuando en realidad son replicantes de la ordenanza que las subordina. Es muy humillante y triste comprobar nuestro nivel de inconsciencia...

Llegados a este punto, conviene advertir un peligro nuevo y nada trivial: cuando el feminismo se instala en modo autoritario y convierte

sus lecciones en catecismo obligatorio, la promesa de emancipación se enturbia. El riesgo no está en que las «feministas se vuelvan locas» ni en una deriva histórica, como tanto le gusta decir al poder machirulista. El genuino problema es que toda bandera puede acabar ondeando para dictar, no para liberar: decidir quién es una mujer auténtica, quién traiciona los preceptos, qué deseo es legítimo y cuál es solo un eco patriarcal disfrazado de autonomía. En esa batalla, el feminismo puede devenir una nueva iglesia: con santos, mártires, pecadoras, dogmas y, por supuesto, sus vírgenes. ¡Atentas!

El feminismo que me interesa —y el que hace avanzar el relato— es el que abre grietas en el pensamiento, el que reconoce que ninguna experiencia puede universalizarse ni convertirse en doctrina inquisitorial. Porque el patriarcado se combate con pluralidad, con disenso, con versiones propias de la vida, no con nuevas consignas que aspiran a ser inapelables. La verdadera emancipación exige sospechar de toda homogeneización: ninguna mujer es solo mujer, igual que ningún hombre es solo hombre, y ninguna voz se agota en el eco de su grupo.

No se trata de odiar a los hombres. Eso, además de injusto, es estúpido. Culpabilizar a individuos por problemas sistémicos es tan ridículo como culpar al cajero del banco por la crisis financiera. Los hombres son usuarios del *software* como nosotras: muchos de ellos esclavos de la misma rigidez, víctimas de sus propias cárceles de virilidad. El machismo también los empobrece, aunque les otorgue privilegios.

La verdadera revolución no es una guerra de sexos, sino un cambio de código. La mayoría de las mujeres ya han avanzado: trabajan, estudian, votan, desean. Lo que falta es que entendamos que el antiguo régimen sigue corriendo por debajo, como un virus que ralentiza nuestro camino. Ahí es donde entran la educación, la cultura, el pensamiento crítico... ¡El liberalismo! No basta con liberar cuerpos: hay que liberar ideas, y para eso, primero, hay que aprender a desconfiar del propio deseo y lo que llamamos «porque quiero».

El viejo orden no es un ser humano con nombre propio, sino un fantasma que habita en nuestros gestos más pequeños. Está en la mu-

jer que presume de parecer diez años más joven, en el hombre que se empeña en pagar la cuenta, en la niña que aprende a odiar su cuerpo y en el niño que oculta sus sentimientos; está en todos los que llevamos y llevarán el apellido de su padre después de haber sido gestados y paridos por nosotras y hasta cuando saludamos con dos besos, poniendo a disposición de cualquiera nuestras mejillas sin percatarnos de que ellos dan la mano; está en la mujer que abandona su carrera o pide la reducción de jornada, y en el espejo.

Desinstalarlo no será fácil: no hay antivirus que lo borre de golpe. Simplemente detectemos comportamientos que nos diferencian artificialmente, desde la costumbre, que hoy es arbitrariedad (una mujer limpia no tiene vello), y nos segregan y conspiran por mantenernos por debajo, idiotizadas, alienadas, embobadas y distraídas, como menores de edad funcionales.

No hay que matar al patriarcado. Solo dejar de hacer la cena.

La república de la Virgen

La Virgen sigue gobernando. El edificio se actualiza en la iluminación, no en la planta. Aunque nos creamos laicas, cosmopolitas, emancipadas, aunque nos riamos en las procesiones y hayamos cambiado el rosario por el *body pump*, la Virgen sigue reinando en el espacio inconsciente de nuestro imaginario colectivo como el modelo supremo de la buena mujer, silenciosa, abnegada, sin deseo, sin cuerpo, sin ambiciones personales. Una mujer que se define no por lo que hace, sino por lo que entrega.

No es contra la madre de Jesús, por supuesto. Es a su favor, en todo caso, y al de todas las mujeres que han crecido bajo el influjo inalcanzable de ese símbolo de machismo infinito con el que comulga medio Occidente, como otras se cascan el burka.

El patriarcado trabajó concienzudamente en la falacia de medirnos por esa frontera de carne mínima: el himen, la gran inocentada de la biología convertida en dogma moral. Una telita elástica, invisible y

variable, transformada en aduana de la pureza femenina, en certificado de santidad doméstica. La Virgen María inauguró el mito: madre sin sexo, mujer sin mancha. Desde entonces, generaciones de mujeres cargaron con la obsesión de custodiar una membrana como si en ella se vertebrara el honor familiar, la herencia, la salvación... Un cuento escrito y distribuido por otros, con un final que nunca nos perteneció y que continúa vivo, al menos, metafóricamente.

La sombra mariana se derrama en la calle. La madre que todo lo perdona, la esposa que todo lo aguanta, la hija que todo lo atiende. La santidad cotidiana consiste en no necesitar. La virilidad, al otro lado, se permitió pecados veniales que en las mujeres serían mortales: la humanidad, la fuga, la infidelidad pintoresca. La Virgen sostiene el hogar y el varón sostiene el mundo.

A esa inercia se sumó la moral del decoro: piernas juntas, labios sellados, sonrisa contenida.

No hablo de religión, hablo de cultura. La Virgen no es una estatua que pasea por Sevilla en Semana Santa, es un molde invisible que condiciona nuestras decisiones cotidianas. Es el susurro de culpa que escuchamos cuando nos quedamos un rato más en la oficina en lugar de correr a la guardería. Es el fantasma que nos observa cuando pensamos que tal vez no queremos tener hijos o que no nos embarga la felicidad *standard* por ser madres. Es la sombra que nos dice: ¡mal!

La figura de la Virgen ha hecho más daño que mil Inquisiciones porque no se trata de un mandato explícito, sino de una colonización interior. Los hombres tuvieron a Cristo como modelo heroico, los mártires, los santos guerreros, los filósofos barbudos que escribían tratados. Nosotras tuvimos a la Virgen: silente, inmaculada, dolorosa.

2025, Madrid, París, Nueva York, másteres, doctorados, *startups* y techos de cristal resquebrajados... Llega la maternidad y, aunque no llegue, el manto de la Virgen se desploma sobre nuestras cabezas alienadas. Seguimos siendo nosotras las que interrumpimos la carrera, las que reducimos la jornada, las que arrojamos a la hoguera de la sociedad los años de mayor impulso profesional (magnífico combustible, para los demás).

No hace falta que nos lo ordene un cura, ni un marido, ni siquiera la fe... A las chicas ateas se lo ordena la culpa, como a las otras, una conciencia que vive y reina más allá de la razón. Esa voz no es María, pobre María, María es de las nuestras, a ella también le robaron la asertividad, no tiene voz, lo que escuchas es el eco de siglos de pinturas, murales, sermones, villancicos y procesiones que nos enseñaron que la buena hembra es la que se borra.

Lo más perverso, y risible, es que la Virgen, igual que Cher o Demi Moore, no envejece. Ella no tiene desarreglos hormonales, la menopausia, no engorda, no se cansa, no necesita terapia... Es la esclava perfecta, congelada en su sacrificio. Ese es el listón imposible contra el que seguimos midiéndonos, incluso las más sediciosas.

El machismo del XXI no necesita prohibiciones, ni castigos, las democracias occidentales han permitido leyes igualitarias; ¡qué más da!, si funcionamos desde la autocensura, no es fácil burlar las fronteras de la República de la Virgen... Por eso, cuando una mujer duda si aceptar un ascenso o dejar al buenoparanada de su marido, siente en la nuca la respiración de la estatua irreprochable. Y si decide hacerlo, si elige por ella, para ella, sentirá el peso de la sociedad que puso el máximo valor femenino en una vestal privada de toda clase de hedonismo y libertad.

La Virgen es el algoritmo que gobierna nuestras conductas. No está en el BOE ni en la Biblia: está en el supermercado, en los chats de madres del colegio, en la sonrisa implosionada de las que van a una oficina sin haber dormido por cuidar a su bebé, está en la conciliación perversa: esclava en dos plantaciones diferentes, una por la mañana, la otra al atardecer... Está en el estigma de la que no hornea galletas, cada vez que una mujer cede por remordimientos. Cada vez que se aplaude a una tipa exhausta en lugar de exigirle autodeterminación.

En todas partes, crecimos bajo el paradigma inaccesible de un engendro apolíneo. No goza: gesta. No desea: consiente. No falla: intercede. Se llama María y, durante siglos, ha sido el espejo imposible en el que se invitó a todas las mujeres a mirarse. Frente a ella, como contrapunto necesario, Eva: la primera que probó el fruto y arrastró al varón a la caída. La jugada está prevista desde el principio: si no

alcanzas a la Diosa, te deslizan hacia Eva. Entre una y otra, queda el pasillo estrecho por el que una mujer debe aprender a caminar con la culpa como andador.

No hace falta haber leído a los Padres de la Iglesia para entender la pedagogía sentimental que se destila de ese díptico. En las casas y en los templos, en plaza pública y en la herencia doméstica, se talló una identidad que debía ser dócil, devota, cuidadora. La calidad femenina se ha medido en renunciadas.

La otra gran operación, sutil y brutal, fue higienizar la figura de María Magdalena, rebajarla a mito de arrepentimiento, amalgamarla con la pecadora, convertirla en una prostituta para que la escena quedara redonda: dos Marías, dos caminos, dos destinos. En ambos casos, el mismo mandato: el centro no es la mujer, es su relación con el varón y con la pureza. La liturgia del recato como única dirección.

En las bodas todavía se celebra el blanco como en los altares se perpetúa la ausencia: no hay mujeres consagrando. Y la imagen de María, a su pesar, todavía sirve para doblegar la voluntad femenina con una eficacia que no logró jamás la policía. ¿Y cómo rebelarse contra la ternura?

La iconografía no ordenaba a gritos; persuadía con flores y mantos de terciopelo. Un ideal no necesita la fuerza cuando domina el sacramento colectivo. Allí donde la mujer tenía hambre, el modelo ofrecía un ideal sin cuerpo. Donde la mujer tenía mando, superioridad o autonomía, el canon proponía el mutismo dorado de la obediencia. ¿Cuántas veces nos hemos quitado la corona para estar a la altura de un imbécil? La calidad del *marketing* es indiscutible.

La Iglesia católica, que supo ser casa y refugio para millones, construyó a la vez una arquitectura perfecta para excluir a las mujeres del poder. Hay místicas, doctoras, fundadoras geniales; pero incluso cuando figuran en el catálogo de lo admirable, su estatus legitima la excepción más que cambia la regla; la institución las canoniza, las celebra, y la puerta por donde entraron se vuelve a cerrar con pestillo.

Podría objetarse que el cristianismo también dignificó a las mujeres, y sería mezquino negarlo. Abrió hospitales, alfabetizó, sostuvo

redes de caridad que alimentan al mundo. El convento fue, para muchas, el primer *coworking* de la historia: huertos, boticas, *scriptoria*, música. Y también fue, para otras, jaula y obediencia.

Conozco el bien que se hace bajo una cruz. Y por eso mismo el diagnóstico me duele más. Una casa puede darte sopa caliente y negarte la voz en la mesa.

La pregunta, entonces, es si la Virgen puede ser leída de otra manera. Si su «hágase tu voluntad» puede dejar de ser obediencia para convertirse en libertad. Si aceptar el misterio puede significar aceptar el riesgo, no la sumisión. Si la maternidad de María puede celebrarse sin condenar los cuerpos que no desean materner. Si se puede honrar su figura sin volverla un programa político de la domesticación.

Yo creo que sí, el día que María baje del retablo y grite su verdadera historia. Tal vez el cristianismo, para ser cristiano, deba pasar por la herejía de escucharla.

La maternidad como deuda social

Sin trapos calientes: la maternidad es la desigualdad más brutal, la más definitiva. Ninguna cuota ni ley de paridad, ningún eslogan morado puede enderezarla. La maternidad es la grieta estructural de la historia. Lo demás son matices. Si mañana la maternidad desapareciera —o si fuera compensada como merece—, la mayoría de las injusticias contra las mujeres se disolverían como arsénico en agua caliente.

Según Claudia Goldin, Premio Nobel de Economía en 2023, el «gran salto» en la desigualdad entre hombres y mujeres no ocurre al entrar en el mercado laboral ni por falta de educación, sino tras el nacimiento del primer hijo. La economía moderna penaliza la maternidad con menos salario, menos ascensos y carreras truncadas. «Nunca tendremos igualdad de género hasta que también tengamos equidad en la pareja», concluye Goldin. Es decir, la principal deuda social con las mujeres surge allí donde la biología y el sistema se cruzan: en el momento de cuidar y criar.

Shulamith Firestone, ese torpedo intelectual que en 1970 hizo volar por los aires la teoría feminista con *The Dialectic of Sex*, fue la primera en formular con brutal claridad lo que la política contemporánea aún se resiste a admitir: la raíz del patriarcado es biológica, no cultural. Su idea central era sencilla y devastadora: las mujeres forman una clase reproductiva, una clase política definida por una función corporal obligatoria —gestar, parir, criar— frente a otra clase, la masculina, que se beneficia históricamente de esa producción sin asumir sus costes. En sus palabras: «La biología de la reproducción constituye la base del sistema de castas sexuales». «El embarazo es bárbaro, una deformación temporal del cuerpo en beneficio de la especie». Su diagnóstico era quirúrgico: mientras la reproducción siga depositada en un solo sexo, ese sexo será una clase sometida. Por eso proponía —con una audacia que aún hoy incomoda— liberar a las mujeres del «servicio reproductivo» mediante tecnología, úteros externos y crianza colectiva.

Voy a ser algo impúdica: la maternidad —mis hijos lo saben— se me cruzó hace tiempo. No por falta de amor, sino por exceso de realidad. Por ser agotadora e interminable... Los hombres, por mucho que nos miren con empatía, no tienen ni idea... Y la complejidad se multiplica si no te entregas a los raíles tradicionales como una locomotora, si estás pluriempleada, si no tienes familia cerca, si no eres hija de Cornelius Vanderbilt...

A ver, la maternidad es un viaje increíble, el más salvaje de todos, imposible de imaginar por los que no han estado allí, por muchas fotos soporíferas de niños que se les muestren, y, sin embargo, puede ponerse muy jodida eventualmente.

«Carla, incorpórate para ver a tu hijo», me dijo la gine cuando por fin salió chillando tras mil horas de parto horripilante; medio muerta, lo estreché sobre mi pecho resbaladizo y lloré de amor, de felicidad, de mamífera...; ¡qué sé yo...!

Mis hijos ya son mayores y todavía me cuesta contener las lágrimas cuando recuerdo el instante demencial que es el parto (como si te sacaran una mesa por la boca) y toda esa carnicería sublime. Es una

lástima saber que no alcanzaré de nuevo un gozo semejante, pero ahí está, para abrazarlo, observarlo y besarlo porque tiene cara y ojos, multiplicado por dos: Inés y Pepe.

El día que nació mi primer hijo fue el día más emocionante de mi vida, de lejos. Todas las demás exaltaciones han sido negociables, progresivas, revocables. La maternidad y el alumbramiento, el día que, después de una lucha encarnizada contra tu cuerpo, te conviertes en madre, no.

La maternidad es el gran chute hormonal, sentimental y biográfico, la gran trinchera biológica y, a la vez, el epicentro del sacrificio femenino. El embarazo, el parto, la lactancia, la crianza: todos ellos costes que recaen sobre nosotras y que nos acompañan como una condena, donde ya no seremos lo más importante para nadie, ni para nosotras mismas. ¡Adiós asertividad natural!

Por eso, cuando una mujer dice: «Me arrepiento de ser madre», el mundo tiembla. Pero esa frase no significa que odie a sus hijos, ni que los quiera menos. Significa que el precio pagado por la maternidad es excesivo, que el desequilibrio entre lo dado y lo recibido está siendo brutal. Lo que muchas no se atreven a decir en voz alta es que amar a sus hijos (más que a sí mismas) y lamentar ser su madre es perfectamente compatible.

El ideal de la madre perfecta ha colonizado el feminismo casi tanto como el machismo contemporáneo. Se espera que seamos dulces, implicadas, infinitamente disponibles. Nos presionan para dar el pecho, dormir pegadas al bebé y renunciar al trabajo como si nada. Se celebra la lactancia como victoria política, cuando en realidad nos está devolviendo al hogar por la puerta de atrás. Se aplaude a la mujer que se entrega por completo al cuidado, mientras se desconfía de la que pone límites.

No hay espacio simbólico para las madres rebeldes. Se las niega, se las ridiculiza, se las silencia. El arrepentimiento se considera incompatible con el amor, y no lo es. Lo que no se tolera es que una mujer ose mirar de frente la institución más sagrada de la cultura: la maternidad y decirle: ¡que no!